



ROMANCE,

EN QUE SE REFIERE LA MEMORABLE VICTORIA
de las Armas del Rey Catholico , contra las de Alemania , y sus
auxiliares en los Campos de Villaviciosa en 10. de
Diciembre de 1710.

V Alerosos Españoles,
en cuyas Augustas sienes,
aun mejor que en las de Dafne,
se vinculan los laureles,
cuyas gloriosas hazañas,
aunque à la envidia le pese,
pública à voces la fama,
la historia en plumas estiende,
desde donde nace el Sol
en cuna de plata , y nieve,
hasta donde à su memoria
undoso sepulcro ofrecen
los montes de las espumas,
las campañas de los peces.
Dichosos hijos de Marte,
tan hechos à vencer siempre,
que os coronais de victorias
por costumbre , no por suerte.
Diganlo ambos Emisferios,
Villaviciosa lo cuente,
cuyos peñascos campos,
que dilatados se estienden,
fueron funesto teatro,
en que la sangrienta muerte
representó sus tragedias
en escenas diferentes.
Un mal empinado cerro,
aunque ambicioso pretende
de todo aquel Orizonte
ser muda atalaya verde,
fue el puesto mas ventajoso,
que allí al arbitrio se ofrece,
donde el Duque de Bandoma

(de cuyo gobierno pende
el Exercito Español)
dispuso que se pusiese
éste en orden de batalla,
formando industriosamente,
con bien distante interválo,
las lineas , para que ostentem
à los ojos , y al cuidado
mayor numero de gente:
pues tanto como el valór,
las estratagemas suelen
aprovechar en campaña.
Formadas , pues , de esta suerte
las lineas , y guarecidas
de unas rusticas paredes,
que en otro tiempo sirvieron
de pastorales alvergues,
y estaban desmoronadas
de la edad à los baibenes;
llevaba el ala derecha
aquel Hercules valiente,
que ha coronado su fama
de plumas , y de laureles,
el Marqués de Valdecañas,
de quien la experiencia tiene
acreditado el valór
en acciones diferentes.
El gran Conde de Aguilár
(à cuyo espiritu ardiente,
si alguno logró igualarle,
ninguno supo excederle)
mandaba el ala siniestra:
y el centro de donde penden

del



del Exercito las fuerzas,
ò yá acometa , ò yá espere,
llevó el Conde de las Torres,
gran Soldado, en quien se advier-
amistosamente unidos, (ten,
lo atrevido , y lo prudente.
En dos lineas bien dispuestas
la Artillería se estiende,
para que así nuestras Tropas
estén à cubierto siempre,
de los estragos de Marte,
y los golpes de la suerte.
El Carro del Sol apenas
llegó à lo mas eminente
de su curso repetido
por la campaña celeste,
quando Guido Starembergh
se dexa vér con su gente
en el opuesto collado.
Starembergh , que era el Gefe
de las Tropas Imperiales,
à quien auxiliando vienen
las demás de la alianza,
à excepcion de los Ingleses,
à los quales yá Bandoma
hechos prisioneros tiene;
baxó à la falda , y haciendo
alto en ella , no se atreve
à presentar la batalla;
pues su arrogancia suspende
tanta numerosa Tropa,
como al opuesto se ofrece
en bien ordenadas lineas,
y en tan bien formadas huestes;
y así espera à que auxiliares
las nocturnas lobregueces,
su retirada à Aragón
le protejan , quando lleguen
à sepultarse las luces
en las ondas de Occidente.

Penetróle sus designios
Bandoma , y de acometerle
hizo señal ; al instante
obedecieron alegres
los Españoles , que osados,
siempre que acometen , vencen.
Valdecañas fue el primero,
que con sus bridones fuertes
del Exercito enemigo,
al cuerno izquierdo acomete;
pero con tal ardimiento,
que hace que deshecha quede
la primer linea ; y despues,
diestro , atrevido , y valiente,
cayó sobre la segunda,
que igual estrago padece.
Y desordenadas estas,
fue preciso trás sí lleven
en precipitada fuga
todas las demás ; de suerte,
que el cuerno izquierdo quedó
derrotado enteramente.
Siguieron à los vencidos,
mucho mas de lo que deben,
los vencedores gloriosos,
por mas que el Marqués pretende,
bien que en vano , reducirlos
à que esforzados cayesen
sobre el centro de las Tropas
de Starembergh , pues advierte,
que allí estaba el mayor peso
del combate , y que de él pende
la suerte de la victoria.
¡ Quántas veces , quántas veces,
roto el freno del respeto
à los Milirares Gefes,
à un valor mal aplicado,
à un ardimiento imprudente,
yá una ocasion le malogra,
yá le postra un accidente!

No

No porque fuerte resiste,
no porque osado acomete
el Soldado , es buen Soldado,
sí solo porque obedece,
acometiendo atrevido,
ò resistiendo valiente.
Cada vez con mas tesón
entre centro , y centro crece
ensangrentado el combate;
rechazadas fuertemente
las Guardias Reales fueron:
y aunque la espalda no vuelven,
pierden mucho del terreno,
y Starembergh con su gente
adelantó algunos pasos,
con que logró que moleste
su cañón à los que intentan
otra vez acometerle.
Corridas, en fin , las Guardias,
de que vencidas parecen,
y recobradas del golpe
de aquel infausto accidente,
la primera linea al centro
nuevamente restablecen,
y se arrojan al combate
con el valor con que siempre
embiste el León sobervio
al Rinoceronte fuerte.
El centro del enemigo
dirigía tan valiente,
tan diestro , y tan atrevido
Villarroél , que à excederse
llegó aquel dia à sí propio;
pues peleó de tal suerte,
gobernó de tal manera,
que se dudó varias veces
si él era el Gefe que manda,
ò el Soldado que obedece.
¡ Ah , nunca hubiera manchado
tan vil , y tan torpemente
su honor , valor , y talentos,

con la nota infame siempre
de infiel à su Soberano!
Entonces sí que su frente
se llegára à coronar
de imarcesibles laureles,
que de su cuna , y su Patria
rymbres relevantes fuesen.
Mas la Divina Justicia
en la mano siempre tiene,
para un delito que infama,
y una culpa que envilece,
la vara con que castiga,
y el azote con que hiere.
Y si el Rey , en cuyo pecho
consiguieron excederse,
al paso que se compiten,
lo animoso , y lo clemente,
no le hubiera perdonado,
quando entre los muros fuertes
de un Castillo le tenía
sujetas las altiveces
al ayre , dando escarmientos,
de un patíbulo pendiente,
hubiera hallado su cuello
en un cordél que le apriete,
un dogál que le sofoque,
y una muerte que le afrente.
Hizo , en fin , Villarroél
quanta resistencia puede,
para sostener el centro;
vuelve de nuevo à encenderse
el fuego de la batalla.
Mas no quiero detenerme
en Poéticas pinturas,
porque tal vez sus pinceles
el rostro de la verdad
no retratan , que desmienten;
no copian , que desfiguran,
atrevidamente infieles.
Solo diré en toscos rasgos,
que de bosquejo no exceden,
que



que se ganó al enemigo
la Artillería ; de suerte,
que yá los nuestros podían
à menos riesgo exponerse
al combate cuerpo à cuerpo.
Que el Conde de Aguilar vuelve,
reparados sus caballos,
de aquel pasado accidente,
con que rechazados fueron,
à acometer fuertemente
la derecha del contrario;
y con tan felice suerte,
que derrotó sus dos lineas;
de cuya derrota puede
Starembergh reservar
mil caballos solamente,
que opuso como por muro
del centro , que aún se mantiene
firme contra tanto asalto.
A este tiempo felizmente,
reducidos sus caballos,
cuidadoso el Marqués vuelve
à dirigirse ázia el centro:
llegó tambien diligente
aquel Rayo de la Guerra,
hijo de Marte tan fuerte,
que nunca salió vencido,
y que supo vencer siempre.
Aquel Bracamonte , digo,
cuyo nombre eternamente
durará en bronce , y en marmol,
fatigando los cinceles.
Atacaron , pues , el centro
por tres partes diferentes;
derrotaron los caballos,
que estaban haciendo frente;
y ciegamente empeñados,
sin temor que los refrene,
ni riesgo que les asombre,

sobre un quadrangulo fuerte,
que armar mandó Starembergh;
se arrojan con tan valiente
denuedo , que consiguieron
en gran confusion ponerle.
A este tiempo yá la noche
despeñaba lentamente
de los montes de la Luna
sus mas densas lobregueces
sobre todo el Orizonte,
quando Starembergh previene,
que la maraña de un bosque,
que vecino se le ofrece,
à solos seis mil Infantes,
que fueron tristes relieves
de aquel sangriento combate,
les diese misero alvergue,
hasta que naciendo el Alva,
las sombras desvaneciese,
y las luzes à su fuga
el camino descubriesen.
Esta fue la mas sangrienta
batalla que llegó à verse
en este siglo en España;
pues con un tercio de gente,
menos que la del contrario,
pudo con gloria vencerse.
Esta fue la no esperada
victoria , que restablece
en su Trono al gran Felipe,
coronado de laureles.
Digamos , pues , viva España,
y la gloriosa progenie
de Felipe el Animoso
viva en ella , y siempre reyne,
émula de aquellos siglos,
que cuenta el mentido Fenix,
del que es nido , en que renace
la hoguera donde fallece.

Con Privilegio : En la Imprenta de Antonio Marin , año de 1770.